

# Fuera de VALIJA

## DIA DE FIESTA EN LA CORTE

4.º 61 DE LISBOA 18-1-47

Las noticias que reciben los monárquicos desde Lisboa, son al parecer, bastante satisfactorias: Juanito, el príncipe de Asturias, ha tomado en la capital portuguesa la primera comunión, lo que le coloca en condiciones absolutamente idóneas para tomar luego la segunda, y más tarde la tercera, y así sucesivamente. A Juanito no le han dado en Portugal una comunión ordinaria, una comunión cualquiera, como la que de chicos nos daban en la iglesia del pueblo o en la parroquia del barrio, sino una comunión de encargo, suministrada nada menos que por el patriarca de Lisboa. La excelente calidad de esta comunión nos recuerda la de aquellos auxilios espirituales que, hallándose muy enfermo, y ante la pesada insistencia de su familia, hubo de requerir cierta vez el gran escritor Luis Taboada, el cual, para que no le dieran más la lata, envió a su hijo a llamar a un presbítero amigo: "Mira —le dijo—; vas a casa de don Cosme, el cura, y le dices que venga y que me traiga la extremaunción; pero que sea buena, que es para mí."

La primera comunión de Juanito ha sido tan extraordinaria, mayestática y distinguida, que, más que un sacramento religioso, ha constituido, en realidad, un acontecimiento político, una solemnidad aristocrática, una ceremonia cortesana y palatina y una sensación periodística. Asistieron ciento cincuenta grandes de España. ¡Señores! eso se dice muy pronto: ciento cincuenta grandes de España! ¡Cuánta grandeza! Ciertamente que nunca nos hemos quejado los españoles por falta de grandes de España, pero yo nunca creí que había tantos, y mucho menos en Portugal. ¡Trescientos "pens" de grande de España! Un grande de España no es cualquier cosa, como no lo era tampoco monseñor el duque de Montmorency para aquel comparsa del entremés de Courteline, el cual, haciendo de condestable de Borgoña o de obispo de Narbona en un drama histórico, y teniendo que prorumpir en respetuosas exclamaciones de admiración al aparecer en escena el augusto primo del rey de Francia, soltó conmovido: "¡Ah, oh! C'est pas de l'eau de bidet, cré nom!"

Un grande de España no es, pues, cualquier cosa. Un grande de España es algo y alguien considerable. Figúraos, por lo tanto, lo que serán ciento cincuenta grandes de España juntos. ¡La cantidad de infieles muertos, desde los tiempos de la batalla de Clavijo, que representa todo eso! Un grande de España es, en principio, un caballero cristiano, que, a través de cierto número de adulterios reales, bastardías cardenales o episcopales y amancebamientos dinásticos, desciende más o menos legítimamente de otro caballero cristiano que, en sus buenos tiempos, se dedicó intrépidamente a matar moros, por lo que se le nombró duque o conde, con grandeza de España y derecho a ponerse el sombrero delante del rey de España. Esto sucedía, naturalmente, muchos siglos antes de que ocurriera lo del barranco del Lobo y lo de Annual, donde, por cierto, no se vió a los grandes de España. En la elaboración de un grande de España entra por igual el heroísmo de los antiguos paladines, los deslices de las nobles damas con algún palafrenero, la heroica defensa

de la fe católica, los atractivos de alguna tía de la familia convertida en baragana del rey, la epopeya cristiana de las cruzadas y la vida licenciosa de alguna lejana abuela. El duque de Alba, que es el grande más grande de España y el más apergaminado de todos los nobles con pergaminos, resulta, en consecuencia, el que más sabrosas y sustanciosas desgracias —o gracias— de familia de esa clase ha tenido que soporitar a través de los siglos, desde el his-

tórico y real desliz de aquella guapa Arabella Churchill que le legó, por banda, la nobleza inglesa que tanto lustre le da al duque, hasta la popular y goyesca duquesa Cayetana, cuya liviandad zarzuelera pasea estos días por tierras de América, con mala letra y peor música, o viceversa, el señor Moreno Torroba. Alguna vez he llegado a suponer que si los antiguos caballeros cristianos se lanzaban al campo a matar moros y a trinchar infieles, era para no ver las cosas que pasaban en sus castillos entre las damas de la familia. Los caballeros cristianos, aspirantes a grandes de España, salían al campo furiosos y con ganas de lidia, y todo lo pagaban entonces los mahometanos. Pues bien: hay que imaginarse lo que representan ciento cincuenta grandes de España juntos: en realidad, una cantidad desproporcionada de vodeviles picarescos, de dramas históricos, de casamientos morgánicos y de turcos y moriscos ensartados por la cristiana espada.

Entre los ciento cincuenta grandes de España que asistieron a la primera comunión de Juanito figuraban muchos de aquellos que hace unos diez años se dedicaron, en unión de alemanes de Hitler,

italianos de Mussolini, portugueses de Oliveira Salazar, y moros del Jalisá, a matar a españoles durante la guerra franquista. En la ceremonia, Juanito vestía uniforme blanco de marinero, como aquél que quería vestir su papá para luchar en la marina de Franco y matar españoles. Juanito recibió muchos regalos, entre ellos cañones, escopetas y pistolas de juguete, que se disputó con su hermano Alfonsito, para demostrar que también él y su hermanito sabrán emplear, si hace falta, los cañones, los fusiles y las pistolas contra los españoles, para matarlos. ¡Pim, pam!

El padrino de Juanito fué Humberto de Italia, rey cesante y refugiado, como su papá. El momento más histórico de la fiesta fué cuando el papá de Juanito pasó junto a unos grandes de España que estaban cuchicheando en un rincón. A lo mejor estaban hablando de alguna segunda tiple portuguesa, pero don Juan III, se dirigió a ellos y les dijo: "¿Están ustedes conspirando ahí?" "Esto —dice un corresponsal norteamericano— acabó con las conversaciones políticas." En todo caso, se supone que esa frase fué pronunciada para ser una frase histórica.

El patriarca de Lisboa, que se llama, por cierto, Cerejeira, y que fué quien bendijo a Juanito en nombre del Niño Jesús, llamó a Juanito: "Hijo digno del rey y de la reina de España". Estas palabras de Cerejeira han despertado grandes esperanzas entre los pocos monárquicos españoles que quedan, los cuales creen que eso de la monarquía en España es cosa tan sólo de semanas. Es posible, por otra parte, que mister Bevin haya tomado buena nota de lo dicho por Cerejeira. Aumentan, pues, las probabilidades de

que dentro de poco haya rey de España en Lisboa o en Londres, es decir, en cualquier sitio, menos en España, que es donde no quieren los españoles que haya rey de España. Por su parte, don Juan III ha dicho que él quiere ser rey de todos los españoles. Incluso —suponemos— de aquéllos a los que quiso matar desde las filas facciosas de Franco. Por mi parte, me apresuro a comunicarle formalmente, que él podrá ser rey de los ciento cincuenta gran-

des de España y hasta de Cerejeira y de Gil Robles, pero lo que es mío no lo es ni lo será. Que se enteren bien Cerejeira y el mister que deba enterarse.

Y así han quedado las cosas en la pintoresca corte de Lisboa, en espera de que el primer hijo de Juan Tercero tome la segunda comunión, o de que el hijo segundo de Juan Tercero tome la primera. Cerejeira está al tanto.

A.P.C.E.  
SIG.: 1.29 / 1249